

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- Creación y ecología* 3
- Hans Urs von Balthasar* 5 **Creación y Trinidad**
- Leonor Colombo de Cudmani* 13 **La creación y el universo de la física contemporánea**
- Hans Eduard Hengstenberg* 27 **Evolucionismo y doctrina de la creación**
- Fernando Ramírez Rossi* 38 **Diálogo entre el imaginario colectivo y un paleontólogo sobre "El origen del hombre"**
- Luis Baliña* 59 **Perplejidades de un filósofo ante un paleontólogo**
- Lucio Florio* 61 **Creación y Mundo Sacramental**
- Peter Henrici* 73 **Hombre y naturaleza en la era técnica**
- Juan B. Terán* 83 **Ecologistas tucumanos "avant la lettre"**
- Alberto Espezel* 84 **La mirada de Guardini**
- Julia Alessi de Nicolini* 93 **Dios en nuestras manos (los gestos del amor)**
- Luis Baliña - Alberto Espezel* 95 **Testimonios: José María de Estrada**

La mirada de Guardini

*por Alberto Espezel**

Las cartas del lago de Como, (que citamos en la edición de Dinor, San Sebastián, 1957), constituyen una advertencia al hombre de la sociedad industrial –hoy diríamos post-industrial e informática– sobre los riesgos de la extrema racionalización y tecnologización de la vida humana.

La ocasión de estas meditaciones guardinianas es también significativa: se trata de sus vacaciones en tierra italiana, no tan lejos de su ciudad natal, Verona, que había dejado siendo muy niño. Allí contempla Guardini los lagos lombardos con sus campanarios, sus pueblitos y sus villas que descienden en terraza a los espejos de agua encajonados en los Alpes.

La armonía que se expresa en estos lugares, y su progresiva destrucción ante el advenimiento de la sociedad industrial hiere profundamente a quien viene de Renania, sociedad ya industrializada desde hace tiempo. La aguda percepción del fin de un mundo y del comienzo de otro –percepción que se le aclara en contacto con los lagos lombardos– lo llevan al autor a meditar sobre esta realidad.

En la última carta, la novena, percibimos un neto cambio de tono en el autor. Hay que descubrir un modo de vivir los valores humanistas cristianos de la antigua cultura en esta concreta sociedad en la que la providencia nos ha puesto. Veamos los pasos que da Guardini en su aproximación al tema, cuya actualidad es permanente, en esta segunda revolución industrial que atravesamos.

La advertencia

Guardini describe la naturaleza trabajada por un hombre que respeta su armonía fundamental. En esta vida que ve en los lagos (donde hay huellas de la antigua Roma) se transparenta una atmósfera, un ritmo que vibra, don-

* Sacerdote- San Isidro, profesor de teología dogmática en el Seminario de San Isidro y otros Institutos.

de la naturaleza es absorbida por la cultura en una forma que no la hiere ni la quiebra. Sin embargo, al autor también advierte, por ejemplo que “la trayectoria de líneas armoniosas de una pequeña aldea campesina se interrumpía por el tosco bloque de una fábrica...Vi como en el paisaje de un lugar en que pendientes y declives, mesuradamente, y de un modo articulado, contribuían a formar una melodía única y diáfana, junto al campanario, se destacaba una chimenea y lo destruía todo” (pág. 17).

El autor teme que la desaparición de esta realidad armoniosa venga acompañada de una deshumanización que el hombre meridional no pueda dominar (pág. 17), ya que para ello se requeriría una seriedad radical, un valor y una capacidad de crecimiento interior difíciles de alcanzar.

El autor desea saber y buscar qué se esconde tras las figuras y acontecimientos de nuestro tiempo. Hay en él voluntad de conocimiento y de comprensión. En última instancia, de profunda aceptación, como lo dirá más adelante, aunque lo que percibe e intuya lo asuste profundamente, como expresamente reconoce (“...so tief, dass Ich sehr erschrak”, versión alemana, Herder, Taschenbuch, 1990, p. 14).

La cultura supone cierta oposición y transformación de la naturaleza, cierta artificialidad. Alejada de la naturaleza, pero vinculada en continuidad con ella, puede mantener cierto carácter natural si se deja medir por ella. La cultura supone separación de la naturaleza, pero manteniéndose ligada a ella.

Vivimos hoy en un mundo cargado cada vez más de artificialidad, de pérdida de relación viva con la naturaleza. Desde que la modernidad ha impuesto la técnica en el campo de la actividad humana, su carácter abstracto determina nuestra relación con el mundo y nuestra propia existencia.

Guardini describe el enorme crecimiento de la ciencia y del conocimiento del hombre en los ámbitos más diversos: todo ello deriva en un crecimiento de la conciencia del hombre sobre sí mismo: “toda vida ha de arraigar en lo inconsciente, y de allí brotar al plano luminoso de la conciencia. Hoy descubrimos con nuestra mirada que las cosas se vinculan entre sí. Descubrimos las leyes por las que se rigen los acontecimientos. Nuestra mirada penetra cada vez con más profundidad las fuentes y el origen de la vida. La raíz misma de la vida, lo más íntimo sale ahora a plena luz. ¿Puede la vida soportar esta situación? ¿Puede acaso invadir el campo de la conciencia hasta este extremo y permanecer no obstante floreciente de vida?”(p. 53).

Uno de los cambios más significativos observados por el autor lo constituye lo que hoy llamamos la globalización. Para quienes en este fin de siglo vivimos el despertar de la mundialización, descubrimos que Guar-

dini la observa ya certeramente al final de la Primera Guerra. Nuestro autor considera que el conocimiento y la conciencia consiguiente del vivir en la totalidad del espacio terrestre conlleva la experiencia de una *presión marginal* en las relaciones humanas, porque ya no es posible una evasión de los límites de la tierra (salvo excepciones totalmente extraordinarias), que constituyen una frontera casi absoluta. Esta presión marginal ha de repercutir, según el autor, en la política, la economía, la cultura y también en el orden psíquico. Ella ha de determinar la significación y las relaciones de la humanidad, la nación, la comunidad, la familia y la persona. Observa el autor que todos los pueblos y culturas han invadido el ámbito de nuestra conciencia. Por ejemplo, cabe la pregunta sobre qué pasaría si los pueblos de Oriente constituyeran una sola comunidad laboral con Occidente.

La vigencia de estas afirmaciones es obvia en nuestro fin de siglo, aunque él pensara más en la India. No sólo a causa de las emigraciones masivas en busca de trabajo, sino a causa de la integración económica y comercial que la mundialización lleva consigo. El caso del impacto de la creciente integración de China en el mercado mundial constituye un claro ejemplo de lo que Guardini señala.

La ingenua autosuficiencia de los europeos ha desaparecido en los escombros de la guerra civil europea (en este caso, la primera guerra mundial). Vivimos un mundo limitado donde coexisten pueblos y culturas con exigencias de colaboración común. "Esta situación exige del hombre una actitud nueva. Un nuevo sentido de las relaciones, de las proporciones y de los límites, de los vínculos que unen causas y efectos. Un modo totalmente nuevo de apreciar el orden de las cosas y su jerarquía, el alcance de las cosas y la conexión de los acontecimientos...Será preciso revestirnos de nuevas fuerzas para abarcar con nuestra mirada los múltiples aspectos de la realidad, y simultáneamente mantener con nuestra alma el contacto con el mundo". (Pág. 67).

Guardini muestra que hay dos modos de conocimiento. El primero consiste en sumergirnos en las cosas y su contexto. El que conoce penetra, se adentra en el objeto, convive con él. El segundo modo consiste en aprehender, descomponer, clasificar, tomar posesión del objeto, dominarlo.

El primer modo de conocimiento llevaba a una forma de acercamiento del objeto que penetraba las cosas, y suponía una revalorización, una guía, una jerarquización de energías y relaciones creaturales. A pesar de sus transformaciones, las cosas conservan su carácter de "naturaleza", siendo a la vez reflejo del espíritu, siempre en conexión orgánica con la naturaleza, dentro de los límites impuestos por ella.

En el caso del segundo modo de conocimiento, la ciencia no se detiene en la contemplación, sino que da prioridad al análisis. No se sumerge en las cosas: se apodera de ellas. No elabora la idea o el concepto que representa a un ser, sino una fórmula. Pretende someter las cosas a su voluntad, descubriendo una ley que pueda expresarse en una fórmula racional. El carácter de este dominio tiene un riesgo: la violencia arbitraria. En virtud de los extraordinarios nuevos conocimientos científicos, la técnica está al servicio de una voluntad de dominio que no se siente ligada a los cauces y medidas naturales, sino que se siente independiente y con un serio riesgo de arbitrariedad.

Guardini invita a descubrir un nuevo orden a partir de la impresión de barbarie que produce la cultura nueva. El fenómeno de la industrialización que descansa entre otros factores en la producción en serie estandarizada, por medio de la maquinaria y la tecnología correspondiente, ha destruido todo equilibrio orgánico, rompiendo los lazos que nos unían con la naturaleza. Por otra parte, la lógica económica lleva a la producción sin freno que debe provocar la venta del producto por todos los medios. "Todo debe proceder con rapidez, a la mayor brevedad, a precios ínfimos, en masa, sin consideración a su carácter individual. Se investiga hasta llegar a descubrir el modelo que pueda fabricarse del modo más rápido e impersonal posible" (pág. 89).

"Nos enfrentamos con una horrible confusión de formas. Estas no se sienten arraigadas en la vida y en sus valores esenciales. Edificamos teatros en forma de templos, los bancos se parecen a las catedrales y las casas vecinales se adornan con fachadas propias de palacios. Hoy ha desaparecido la diferencia entre días laborales y domingos. Hoy se trabaja con blusa de seda y zapatos de tacón alto. Hoy no hay vestidos consagrados para días de fiesta. Quien pretenda vivir como señor, se expone frecuentemente al ridículo, porque nadie lo es si no dispone de riqueza. Quien se ve obligado a vivir de modestos recursos, adopta maneras de quien posee gran capital y una casa opulenta, pero se ve bien claro que carece de un estilo interior. Cualquier nimiedad se expone hoy con palabras altisonantes. Los artículos de la prensa se redactan en un estilo literario y en una forma tal, que si tuvieran algún valor, parecerían investigaciones filosóficas o textos hieráticos. Los discursos solemnes ofrecen un carácter propio de ferias...No hay sumisión ni al contenido substancial de las cosas ni a la dignidad histórica o social de las formas. Nada es ya digno de consideración. Todo es libre en absoluto. Gozamos de libertad para tomarlo todo, para apoderarnos de todo. Hoy todo se expone en el mercado, los problemas filosóficos, todo arte, to-

do acontecimiento histórico, todos los personajes y hasta sus mismas intimidades, los recuerdos, su correspondencia y confesiones, todo valor religioso, hasta los testimonios de los más profundos misterios (pags. 90-91).

El hombre necesita instrumentos y recursos, pero estos elementos no son más que auxiliares del hombre. Lo ayudan a ver y a oír mejor, a apoderarse de las cosas y dominarlas. Pero siempre estos instrumentos se hallaban incorporados en el conjunto orgánico de la vida humana. "Siempre hay un límite (difícil de precisar, agregamos nosotros) dentro del cual todavía es posible un contacto inmediato, viviente con las cosas... no podría asegurar si se trata de un sentimiento de moderación que impide a los hombres franquear aquel límite, una voluntad consciente o no, un lejano presentimiento de la propia limitación o una incapacidad técnica del momento." (p. 101).

Guardini piensa que los hombres del imperio romano (en las termas de Caracalla, por ejemplo), se encontraban en un momento análogo, a punto de saltar sobre toda medida.

Descubiertas las leyes racionales que rigen los fenómenos naturales, fueron utilizadas por el hombre para el trabajo mecánico y racional. Las fuerzas de la naturaleza han sido guiadas por el hombre según una voluntad nueva, de corte mecanicista. La instrumentación de la naturaleza conlleva un mundo de obras, planes, organizaciones, instalaciones ya no determinadas por la condición orgánica y viviente del hombre, sino por la liberación de las fuerzas de la naturaleza para fines racionales impuestos por el hombre (vinculados a la producción), fines que adquieren un carácter autónomo sin medida alguna orgánica, sin vinculación con la unidad orgánica que constituye la vida del hombre.

La Carta Novena

En su última carta, Guardini adopta un tono diferente, según lo adelantáramos al principio. Pareciera percibirse una convicción de la necesidad de aceptación del orden nuevo y de la necesidad de encontrar formas de señorío del hombre adaptadas a la realidad nueva. Se requiere ahora una nueva actitud del hombre, en consonancia con el nuevo orden de las cosas.

"Nos cabe la satisfacción de contribuir a la formación de este orden nuevo. Podemos realizar este objetivo si cooperamos noblemente en esta empresa; y a la vez, permaneciendo en el fondo de nuestro corazón incorruptible, sensibles al dolor que produce la destrucción (del antiguo orden) y el proceder inhumano que se contiene en este mundo nuevo. *Nuestro tiempo se nos*

ha concedido como el suelo sobre el que hemos de vivir, y como misión que hemos de realizar. Y en lo más profundo de nuestro ser la aceptación tal cual es. Nuestro tiempo no es como un cauce extraño sobre el que nos vemos obligados a avanzar. Nosotros mismos somos nuestro tiempo. Nuestra sangre y nuestra alma, he ahí nuestro tiempo". (121).

Para el autor es preciso recentrar en el hombre los problemas técnicos, científicos y políticos. Se requiere una humanidad nueva, de una libertad y una vida interior nuevas, revestida de formas nuevas y capaz de crearlas, con una conciencia más viva de la propia responsabilidad. Guardini considera que hay que prestar una adhesión inquebrantable a nuestros tiempos, pero adquiriendo una nueva seguridad interior, recuperando una nueva ingenuidad en la conciencia.

El autor piensa que mucho de lo que hoy se considera como cultura es, en el fondo, ciencia. Mientras que la cultura auténtica no consiste en el saber sino en el ser. "Un hombre es culto si se ha formado siguiendo las directrices de un principio interior que para él es estructura y ley; para quien el ser y la acción, el pensar y el obrar, la persona y el ambiente proceden de una imagen interior que los determina. De aquí procede la unidad del hombre a pesar de su múltiple complejidad; de aquí resulta la posibilidad de volver a encontrarle siempre, sean cuales fueren sus acciones y las vicisitudes que atraviesa" (131).

Para Guardini hace falta un nuevo sentido de la presencia de Dios, la realidad fundante en la que se apoyan nuestras vidas. Hay una providencia de Dios actuando en nuestro tiempo: "...hemos de estar preparados, poniendo nuestra confianza en lo que Dios hace y en las fuerzas que ha depositado en nosotros y cuya actividad sentimos" (141).

El hombre y la máquina

Treinta y cuatro años después Guardini dicta una conferencia con este título en la Technischen Hochschule de Munich, donde vuelve sobre los temas anteriores.

La máquina media entre el hombre y las cosas. La inmediatez del hombre con las cosas en el trabajo es reemplazada por la construcción, la vigilancia y el control. Puede ahora acometer tareas que lo superan ampliamente. Pero también pierde la experiencia inmediata de la creación y de la autorealización en relación con el mundo y con las cosas.

La relación del hombre con la máquina y de la máquina con la na-

turalidad es regida cada vez más por los procesos del conocimiento científico y la construcción técnica, de modo que ambas relaciones se hacen cada vez más abstractas. Es verdad que la máquina es usada por el hombre, que es un instrumento del hombre. Pero tiene efectos sobre quien la utiliza, ya que a su modo adquiere una suerte de vida propia ya extraña al hombre mismo.

Los medios de la cultura técnica permiten un dominio insospechado sobre el mundo. Al mismo tiempo suponen un crecimiento del poder del hombre. Y el hombre tiene el sentimiento de este poder, el sentimiento de sentirse fuerte, de poder y de dirigir. Este poder significa liberación de inquietudes, de limitaciones, de angustias. Pero mientras que el hombre debilita su relación con la tierra, se vincula por medio de la máquina con el espacio del mundo y de la humanidad, lo cual era impensable con sus propias fuerzas.

La máquina da un poder creciente. Esto significa influir y hasta determinar a los demás. El poder se experimenta y compromete el espíritu y el corazón. El poder pide ser administrado e impone relaciones. Plantea responsabilidades que suponen un problema ético. Se requiere un *ethos* del poder del dinero y el beneficio, y del poder de maniobra sobre los demás. Guardini se pregunta sobre si el hombre puede asumir semejante poder en su sentimiento y en su corazón.

Es que las posibilidades del sentimiento no son ilimitadas. Si bien es verdad que asistimos a un crecimiento de las posibilidades del hombre, cabe preguntarse, con el autor, si no se advierte también un enfriamiento del sentimiento y del corazón. De algún modo en muchos sigue existiendo la fe en el progreso indefinido y en la liberación de la responsabilidad personal en el proceso.

Guardini afirma que hay que volver a un arte de gobierno espiritual y personal, que supone asimismo una vuelta a la interioridad y reflexión.

Conclusión

Hasta aquí las reflexiones del autor. Concluamos recordando algunos temas centrales de su pensamiento, variando en parte el orden en el que fueron expuestos.

Comencemos por la *aceptación*. Verdadero maestro espiritual de nuestro tiempo, y testigo de tantos sucesos capitales del siglo, muchas veces vuelve Guardini al tema de la aceptación del propio tiempo como for-

ma de obediencia creatural y filial a un designio de la providencia amorosa de Dios sobre cada uno de nosotros y a una misión a realizar que Dios tiene para cada uno de sus hijos.

La aceptación significa aceptar la realidad concreta, a saber, esta sociedad post-industrial e informática que nos toca en forma inmediata. Es bueno y necesario escuchar el clamor de Guardini ante el riesgo de una deshumanización, pero con él mismo, es preciso comenzar por aquel ejercicio de aceptación filial ante Dios, que tantas veces enseñó y vivió, en sus momentos de gozo y en los de prueba.

En segundo lugar, consideremos la idea guardiniana de guardar una *medida orgánica* en relación con la naturaleza, con el mundo, y en última instancia acorde con uno mismo. Esta idea de la medida orgánica del hombre parece central en estas meditaciones guardinianas. De algún modo esta idea supone la Creación, junto a un orden creador que tiene a Dios por autor y sostén. El autor parece querer expresar la existencia de una medida vital acorde con la medida del hombre, cuyo franqueamiento o traspaso del límite de esa medida, lleva consigo necesariamente una ruptura que hiere al hombre mismo. El riesgo de la desmesura acecha al hombre de la sociedad postindustrial.

Un ejemplo clarísimo de desmesura es advertible en el tejido urbano de las grandes ciudades, tema que hemos tratado recientemente en COMMUNIO. Es inevitable volver a la ciudad, ya que en ella se cristaliza de modo concreto la vida del hombre contemporáneo.

Cuando la sola lógica del mercado inmobiliario rige soberanamente la ciudad (con o sin corrupción de por medio), el riesgo de la desmesura de las torres de departamentos sella y hiere la ciudad. A diferencia de la excelente arquitectura contemporánea que encontramos en Alemania o Francia, donde la medida en alto del edificio de departamentos es la medida del árbol alto, el roble o el plátano, por ejemplo.

Cuando la sola lógica de la comodidad del auto rige la ciudad y sólo se piensa en autopistas, se traspasa el límite de la medida orgánica pedido por Guardini. El peatón también existe y es todavía amplísima mayoría en nuestras ciudades. Pensar en ellos y en el transporte público es también recordar la medida del hombre.

Cuando la sola lógica del mercado rige la publicidad, los espacios verdes o urbanos de nuestras ciudades se pueblan de innumerables avisos publicitarios que afean en forma indeleble el paisaje urbano.

La desmesura alcanza también tantos otros ámbitos de la vida del

hombre contemporáneo, por ejemplo, el de los medios de comunicación. ¡Qué decir de la pérdida de privacidad, de la malsana curiosidad en la intimidad ajena!

La medida pide en el fondo capacidad de obediencia a la realidad del hombre, y nos lleva de la mano en tercer lugar al tema del poder y del respeto. La conferencia de Munich de nuestro autor dedica mucho espacio al poder. Nuestra sociedad necesita indudablemente una mayor conciencia del poder que tiene y del riesgo que conlleva. Su uso humilde supone respeto, sentido del límite, reconocimiento del don de la creación y de la gracia, del don de la vida propia y de los demás. Todo esto postula un reconocimiento de la propia pequeñez y también una conciencia intergeneracional del don de la Creación y del mundo.

Todo esto es posible desde una conciencia renovada de la *sacralidad de la vida humana*, desde una visión profundamente religiosa del hombre y de la sociedad en la que el hombre está inserto. Esta conciencia religiosa ha de estar acompañada de un requerimiento de interioridad renovada, de capacidad de vuelta al interior del corazón, de una conciencia del riesgo enorme de dispersión en que vive el hombre de hoy, cada vez más a merced de los medios, y consiguientemente, menos libre.

En cuarto lugar, Guardini llama la atención sobre el riesgo de enfriamiento del sentimiento en el hombre de la sociedad industrial. Marías recordaba recientemente, en un libro magistral, la urgencia de una nueva educación sentimental. El mundo informatizado que hoy vivimos, mundo de una aceleración insospechable hasta hace poco, es un mundo cada vez más frío, donde la obsesión del sexo y la violencia no son sino un signo del enfriamiento del corazón.

Redescubrir entonces caminos de interioridad nueva, en los que la Gracia permita al corazón volver a amar en profundidad, parece ser también un tema de nuestro tiempo.

P. Alberto Espezel